

dignidad, de cierto elemento de inculto patriotismo que no había comprendido antes.

Todavía con los ojos secos, Rúpert acompañó a su madre en el coche hasta el cementerio. Allí, en un sitio desde el cual se divisaba la planta que había sido la obra de su vida, fueron depositados los despojos mortales de John Crócker. Después, madre e hijo tornaron a casa, y al marcharse los parientes y amigos, se quedaron sentados juntos y silenciosos. Al cabo de un rato Rúpert pasó el brazo por la cintura de su madre. Se preguntaba tristemente si su padre había hablado de él antes de morir; y la idea de su desacuerdo se le había convertido en un peso insoportable.

Por último su madre se volvió hacia él.

—Rúpert,—dijo.

—¿Qué, mamá?

—Quiero decirte algo... acerca de tu padre. La noche antes de su muerte estuve a su lado hasta muy tarde. Entonces, cuando vi que dormía tranquilamente fuí a descansar en el aposento desocupado. Dormí más de lo que pensaba, pues cuando me desperté estaba rompiendo el alba... ¿Recuerdas tú, Rúpert, cómo acostumbraba llamarte tu padre? ¿Cómo te llamaba desde el pie de la escalera todas las mañanas, durante todos los años que viviste aquí? Bueno: eso fué lo que me despertó. Te estaba llamando: «¡Ooh, hijo!», como acostumbraba hacerlo antes, y lo encontré de pie, en traje de dormir, como si acabara de levantarse, o mirando hacia arriba, hacia la escalera, como si esperara que tú le respondieras. «Rúpert no está allí, John», le dije. Creo que no me comprendió bien, pues cuando me lo llevaba a la cama de nuevo, me declaró: «Sólo quería hablarle de ese cuadro».

Rúpert sintió de súbito que se le apretaba la garganta, y alzó la mirada. Tenía los ojos arrasados en lágrimas que descendían quemantes por sus mejillas. Su madre se había levantado y, haciéndole señal de que la siguiera, se dirigió a su propia estancia. Allí, en la pared, frente al lecho de sus padres, estaba colgado el cuadro que él había pintado en París, el único cuadro suyo que había tenido éxito.

Su madre hablaba lentamente y con dificultad:—Vió una reproducción en una revista industrial y no descansó hasta adquirir el original. Primero lo colgó sobre su escritorio en la fábrica; pero cuando enfermó, ordenó que se lo trajeran aquí. Nunca habló de él; pero a veces permanecía en el lecho contemplándolo, durante horas enteras. Cuando lo llevé de nuevo a la cama, pareció recobrarle: «Ráchel», dijo, «ese es un gran cuadro. Sí, se necesi-

taba al hijo de John Crócker para que lo pintara. ¡Mira, si no; mira el hierro fundido que sale del horno y a los obreros desnudos de la cintura arriba! ¿No sientes claramente el calor? ¿No hueles el sudor que les corre por la espalda? ¿No oyes el estridor de las grúas arriba y el estrépito del gran

martillo dominándolo todo?... Ráchel, dile... dile que estoy orgulloso de él. Era de mejor metal de lo que creía, de tan buen metal como su padre. Sí; estamos hechos de un mismo metal, pero el Fundidor nos vació en distintas turquesas».

(Inter-América, N. Y.)

## UNA POETISA CUBANA

**D**ON Joaquín: en esta misma carta le envío unos versos de una poetisa cubana que bien pueden ir en su revista. Se trata de uno de los talentos jóvenes más finos de Cuba: Dulce María Loinaz no cuenta sino diez y seis años y ya tiene un concepto puro y bellísimo del arte. Estos versos le darán a Ud. la impresión más serena de un espíritu travieso y raro que, como se entretuviera jugando con las sombras del sentimiento sobre un biombo chino, les fuera encontrando formas caprichosas, delicadas. Hay cierta síntesis espiritual en sus versos, monótona porque es linda y porque tiene el encanto de la música oriental en donde una flauta entretiene todo el motivo de la estancia, mientras la inteligencia, como en un sueño de embriaguez de haschich o de opio, se va hundiendo en la pereza de un relato tan antiguo y lejano que se pierde quien sabe en que paisaje desconocido. Es modernista, con algo de crueldad, por dicha no tan cruda, de madame la comtesse de Noailles o con la ingenua transparencia de algunas páginas de la última

época de Collete Willy. Por lo demás, Dulce María Loinaz quiere desconocer la fatigante música externa de los versos que infestan nuestra literatura: pienso a veces que mi amiguita debería haber nacido en Francia, en donde la lengua se presta a todos los caprichos artísticos de los poetas, cuando ellos andan buscando el secreto de las palabras del maestro: *De la musique avant toute chose*. ¿Qué nos reserva el porvenir de la dulce poetisa? Por ahora le envío este *Momento*, que ella me mandó de su país, esperando que pronto nos dé más frutos de su cosecha espiritual.

Cordialmente suyo,

NAPOLÉON PACHECO

París. Primavera, 1921.

### MOMENTO

Humedad, mucho frío... Flota un vaho extraño en el ambiente: se dijera que es una angustia enorme, imprecisa... La niebla se cierne sobre las calles empolvadas donde algunos burgueses hormigean... En el cielo unas gaviotas se persiguen entre el humo de las chimeneas... Cruza la serpentina de un relámpago... Humedad, mucho frío... poco a poco [empiezan

a caer sobre el piso reluciente, relucientes gotas gruesas... Después la lluvia desata sus largos hilos de perlas... Escapan los burgueses en una fuga grotesca... en tanto al beso de la lluvia a lo lejos comienzan a entreabrirse los paraguas como enormes flores negras...

DULCE MARÍA LOINAZ

¿Necesita Ud. algún libro?

Pídame; si no lo tengo, se lo consigo.

Me hago cargo de toda clase de

Agencias y Comisiones

ALBERTO CALDERON G.

SAN JOSE — APARTADO 533

¿LE GUSTA EL ORNATO DE SU CASA?  
HA PENSADO EN CASARSE?

Pase antes al Taller de Ebanistería de

**AURIEL GALLARDO**

Frente a "La Viña",

Parque de Morazán, SAN JOSE, Costa Rica